

Ayer cayó otra helada en mi memoria

La poeta y profesora Julia Barella publica *Esmeralda*, un libro en el que conviven memoria, fantasía y realidad. Profundizando en el simbolismo del color y las piedras preciosas, la escritora leonesa reivindica la presencia de una voz femenina.

ESMERALDA

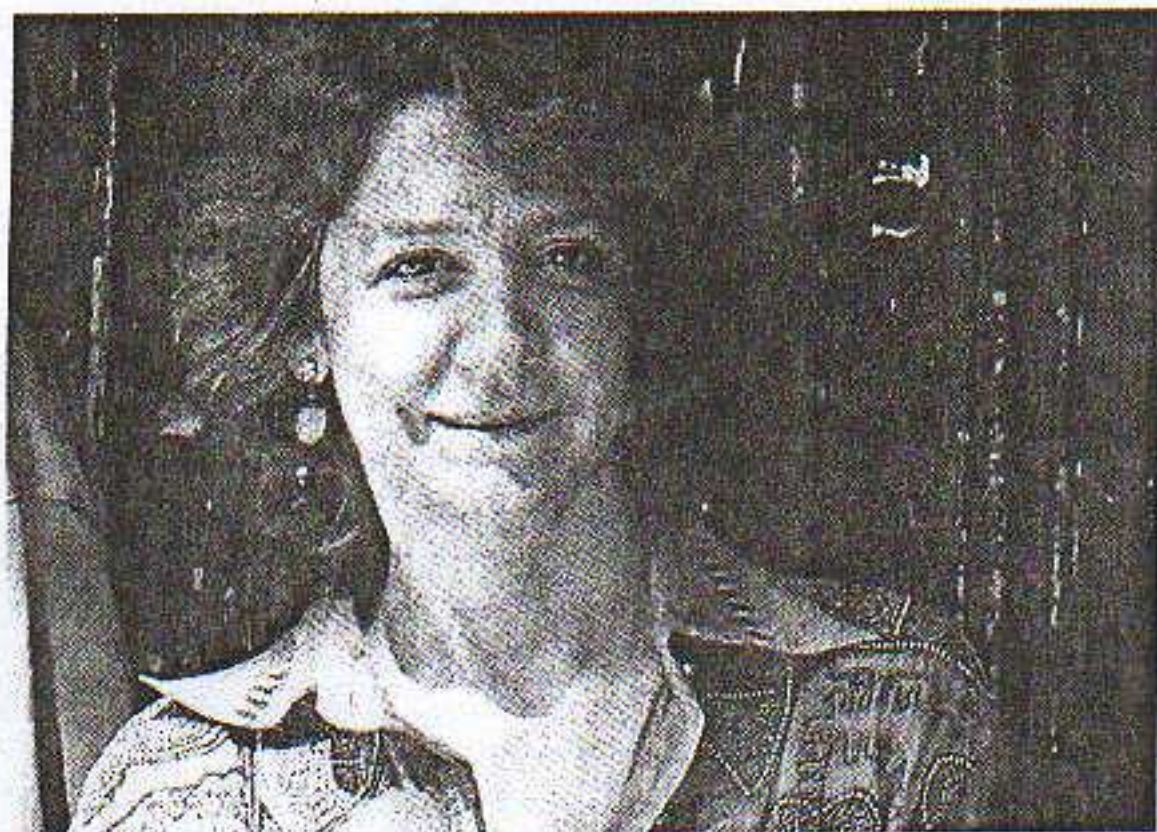
Julia Barella
Huerga & Fierro
Madrid, 2002
78 páginas. 11 euros

JULIA UCEDA

Cuando parece predominar la poesía sin propósito, es saludable encontrar un libro que, como *Esmeralda* —de Julia Barella, nacida en León y profesora de la Universidad de Alcalá— es consecuencia de preocupaciones experimentales, estéticas y vitales esbozadas ya en poemas anteriores como *CCJ en las ciudades* (Huerga & Fierro, 2002) y *Hacia Esmeralda* (El Gaviero, 2004). Desde el primero de ellos se inician dos temas que dan para siempre: el de la búsqueda como intención y el del viaje como acción, no por eternos menos nuevos según las circunstancias históricas.

Las iniciales CCJ aluden, hermanadas en un solo nombre, a dos mujeres paradigmáticas, una del XVIII y otra del XIX, y a una tercera, actual, que establecieron su propio espacio en la sociedad que vivieron, aunque sólo la última decidió que las manos, masculina o femenina, que sostienen la pluma tienen igualmente cinco dedos. Y así lo declara la voz poética, en su propio nombre y en el de las que no pudieron declararlo, afirmándose en el poema que abre la primera de estas entregas: "He soñado que era yo misma / ni alegoría ni símbolo ni metáfora de mí", reitera su diferencia en "La Teoría": "Soy la que no nace, ni se rompe, / ni crece de la costilla de los hombres", y concluye: "No esperaré dormida hasta que me beses" ("Puente"), afirmaciones que las otras dos mujeres implicadas habrían suscrito como si hubiesen leído a Milton y a todas las plumas paternas a las que inspiró para mantener clausurado el pensamiento femenino. Sin embargo, sería un error interpretar *Esmeralda* como un libro feminista porque sus caminos son varios y complejos y el lector se encontrará en libertad para aventurar por ellos.

La *Esmeralda* no se menciona en el primer libro de Barella salvo en conexiones implícitas entre aquellos poemas que, libro a libro, van moviéndose hacia el último y definitivo como punto de destino: La piedra de la luz verde, valiosa por su poder regenerador, significado esotérico y tradición hermética, cuenta la leyenda que se desprendió de la frente de Lucifer. También que el Grial estuvo tallado en una enorme esmeralda. Su tradición simbólica aúna tanto



La poeta y profesora Julia Barella.

connotaciones positivas como negativas según el lapidario que se consulte y explican, en parte, el tejido profundo de estos poemas de viaje y de búsqueda.

Barella utiliza la esmeralda como símbolo personal. ¿Qué es *Esmeralda* o la esmeralda? A veces, un lugar al que se viaja, o el color del agua, o la materia en que se ha construido un puente, también puede ser una inmensidad que contiene cuerpos galácticos... En todo caso, algo, en el pasado o en el futuro, al que es preciso llegar para restaurar y comprender. Hay en ella una cualidad sanadora.

¿Sanadora de qué? Quizá de la memoria. Quizá es la que incita a la liberación, a la respiración de un aire inédito. Por estas razones *Esmeralda* es un libro en el que memoria, fantasía y realidad se combinan para expresar aspectos de la inquietud del alma, siempre enigmática. Los puentes, la casa, las hormigas "que volaban por el camino de los diez años", el deseo de vivir sin corazón, los ojos que lo han visto todo, el abanico que crea dos mundos, el misterioso guitarrista que no está y el escribir con el alma, así como las imágenes creadas por asociaciones que provienen de distintos campos sensoriales, actúan a modo de ranuras por las que escapan al exterior experiencias generadoras de la poesía de Barella.

Tal vez teniendo en cuenta su labor crítica y profesional, se ha dicho que su poesía es culturalista. En el culturalismo, que en algunos casos podía interpretarse como poesía culta, hubo muchas voces impostadas, índices enhiestos y admonitorios, abundantes coturnos y, en consecuencia, algún que otro traspié. La poesía de Barella es actual y amparada en su tradición, y sólo se la pue-

de interpretar como culturalista desde un punto de vista contracultural (¿o tal vez anticultural?), actitud emergente desde fines del siglo pasado. La compañía de Quevedo, San Mateo, Soto de Rojas, Bécquer, Tim Robbins, Kubrick, por citar algunos de los que forman parte de su interés, no es mala compañía. En cuanto a 'El bosque de los abedules', ¿dónde está el culturalismo al recordar a Klimt, sobre todo cuando a los veinte años se ha paseado por ese bosque?

El amanuense del moro

Carlos
Germán Belli

Helo allí al moro Cide Hamete Benengeli
Con la faz semejante a una gran berenjena
Pues justamente su apellido
Lo refleja muy bien mañana, tarde, noche
Y con tal apariencia le dicta a su fiel secretario
Quien no se sorprende de nada.

Este cómo transcribe prolijo átomo a átomo
Las ideas del sabio moro que van naciendo
Como rayo de sol brillantes,
Y desde entonces yacen cuán indeleblemente
En el hondo regazo de cada pergamino
Hasta la misma eternidad.

Es de la fantasía la cornucopia máxima,
Más grande que las otras por derramar sus
Vivientes, cosas y paisajes,
Que en el seso se acuna y después sale a
Y de la letra al pie lo pone en la hoja en la
Aquel que no piensa en su ser.